

Primer Cálculo

Por

Pierre CHILI



PARA PREPARAR el terreno, expon-dremos un caso "terrestre".

Eres un joven de veinte años y ple-tórico de entusiasmo por tu trabajo. Un día te llama el jefe de la casa comercial en la cual estás empleado, te son-ríe, te dice estar muy satisfecho con tu comportamiento y te alarga las llaves de la caja de fondos.

—Aquí se guardan millones. Confia-mos en usted. Tome las llaves.

Con seguridad que esa noche no duermes. La cama te quedará angosta y corta. Tienen confianza en ti. Han confiado millones a tu honradez. Un regoci-jo muy grato, un aroma que te infla y cosquillea por dentro, congestionará dul-cemente tus pulmones. La vida te abre de par en par sus arcos de triunfo para que pases, como un vencedor, bajo sus pórticos. Como una máquina de estirar metales, te ha tomado esta demostra-ción de confianza, de los pies a la ca-beza, y te estira y te pone del tamaño de un álamo. Eres un hombre que mane-ja millones, aunque no sean tuyos. A pesar de la mala noche, amanecerás ale-gre. En la calle traquetearás fuerte; y esa mañana te extrañará el verte obligado, como un mortal ordinario, a tomar el carro en un "paradero", cuando hasta

los motoristas debieran conocerte y dete-ner en cualquier punto, a una leve señal tuya, el tranvía para que subas, mien-tras en secreto el cobrador le dice a uno de los pasajeros.

—El que acaba de subir es un perso-naje. Su jefe acaba de entregarle las lla-ves de la caja de fondos . . .

¿Se comprende? Pues, parecida satis-facción experimenta un guardiamarina cuando a bordo le entregan las llaves de las cajas de los "cronómetros", nom-brándosele "ayudante del oficial de na-vegación". No piensa él que es un sencil-lo ayudante: es el propio oficial de na-vegación en persona. De él dependerá la suerte del buque. Los rumbos que él de-signe los seguirá el barco en sus navega-ciones más difíciles. El sol, la luna, las estrellas, serán sus confidentes y a quie-nes les arrancará el secreto de las situa-ciones del buque en alta mar, mediante observaciones con sextante, cronómetros, estados absolutos, refrescamiento de térmicas y solución de complicadas fór-mulas de altas matemáticas.

El guardiamarina Carrillo, recién egre-sado de la Escuela Naval, había sido nombrado "ayudante del oficial de na-vegación". La primera en saberlo había sido su "quinta novia", a quien Carrillo se lo había confiado con el fin de levan-tar sus "bonos" ante ella. La muchacha no le había dado la gran importancia

que este nombramiento y prueba de confianza se merecía. Lo único que a ella le interesaba era verlo más seguido en tierra.

—Con este nombramiento, ¿bajarás más temprano a tierra?

A bordo, el oficial de navegación, un teniente 1º, llamó a su ayudante, el guardiamarina Carrillo.

—Calcule la hora de la puesta del sol. Entregará esa hora al timonel de guardia, para que, según ella, arrién la bandera.

Era su primer cálculo práctico. En las pizarras y en sus cuadernos de apuntes, llenos de números, cosenos, tangentes y logaritmos, navegaba desde el Cabo de Hornos a los mares de la Siberia sin el menor contratiempo. Ahora era con guitarra el calculito . . .

Sacó sus libros. Muy contraído colocó a un lado su tabla de logaritmos, al otro lado el Almanaque Náutico y a su frente, su cuaderno de cálculos y un compendio de fórmulas. Lápiz en mano, comenzó su primer cálculo en serio. "Latitud . . . Declinación del sol . . . Angulo al polo, etc."

Trazó unos hermosos números, que subrayó con tinta roja y que entregó al timonel de guardia. El sol se ponía a las 6 y 12 minutos P.M., según lo calculado.

A las 6 de la tarde, el "mensajero" transmitió la orden:

—¡Formar la guardia! ¡Golpe a la banda! Se va a arriar la bandera.

Se formó la guardia con los músicos a la cabeza. Rompeacero, el comandante, subió a la toldilla. Sacó su reloj y consultó la hora. Estaba nublado. Un gran nubarrón ocultaba al sol.

El timonel de guardia, atento a las 6 y 12 minutos en punto, dio la voz desde el puente:

—¡Arriar!

—Atención. Presenten ar . . .

El himno nacional resonó vibrante con sus marciales toques guerreros. En el buque se hizo súbitamente el silencio, deteniéndose todos para saludar a la bandera, que, acariciada por las brisas del mar y por los acordes del himno patrio,

descendía lentamente, como una delicada novia de su altar alto, vestida de blanco y ruborizada de rojo.

Rompeacero se había también detenido, vuelto a la bandera, juntado sus talones, arrugado ceremoniosamente su cara de ogro y llevado la mano a la visera.

Desgraciadamente, en esos momentos precisos, se despejó el nubarrón, y a la vista de todos se presentó el sol, bastante alto aún y muy distante del horizonte.

Rompeacero masculló furioso por lo bajo y continuó cuadrado militarmente con cara de fiera. Terminado el himno, vociferó furioso.

—¡Llamen al oficial de guardia!

—¿Por qué se ha arriado la bandera a esta hora? ¿Estamos o no estamos en un buque de guerra, disciplinado y en orden? ¿Qué significa este disparate? Vea, señor, al sol le falta una media hora para ponerse y se ha arriado la bandera . . .

El oficial de guardia impuso al comandante de que aquella había sido la hora dada por el ayudante del oficial de navegación.

—¡Llamen a ese "señor"! . . .

Rompeacero se paseaba colérico. Un palo de fósforo en cubierta lo enardecía más.

—¿Estamos en un sucio barco de negros?

Carrillito, que ya había husmeado el chubasco que se le preparaba, acudió premunido de un lápiz en una de sus orejas, de varios textos de navegación y de fórmulas bajo el brazo, y con su cuaderno de cálculos abierto.

—Ayudante del oficial de navegación, señor comandante.

Rompeacero lo midió de alto a abajo.

—¿Fue Ud. quien diera la orden de arriar la bandera?

—Sí, señor comandante.

—Mire el sol, señor.

El guardiamarina, disciplinado y correcto, obedeció, no importándole las agujillas de fuego con que el sol le claveteara los ojos.

—No se ha puesto todavía, según parece, señor comandante . . .

—¡Según parece! ¡Vaya un desparpajo! ¡Evidentemente no se ha puesto! . . . ¿Y qué dice Ud., de ésto?

El guardiamarina Carrillo, como doncella casta que oye dudar de su pureza, se sintió ultrajado. Sacó un tonito de gallo nuevo y le contestó al ogro.

—Aquí están mis cálculos, señor comandante. Los he revisado. Están perfectamente buenos. Yo no me he equivocado. No me explico lo que pasa.

Rompeacero se lo hubiera tragado. Se cruzó de brazos.

—¡Se necesitaba tupé! ¿De manera que están buenos sus cálculos?

—Están buenos, señor comandante. Estoy seguro de mis cálculos. "Yo no me he equivocado".

—¡Me gusta el desparpajo! . . .

Rompeacero dio unos pasos. Se detuvo. Volvió a cruzarse de brazos frente al muchacho.

—Tiene usted muchísima razón, señor guardiamarina. Usted no se ha equivocado ni le permito que se equivoque. ¡Es el sol el que se ha equivocado, y no usted! ¡Los astros, que desde infinitos siglos marchan regularmente, se han atra-

sado esta vez! ¡Pero como no puedo castigar a ese maldito sol que ha querido reirse de sus cálculos, quédese arrestado!

¡Su novia no lo vería otra vez en tierra! ¡La carrerita que había elegido! Volvió a revisar sus cálculos. Estaban otra vez buenos. ¿Estarán malas las tablas de logaritmos? . . . ¿Estaría malo el Almanaque Náutico? Tomó el Almanaque y revisó su primera hoja. ¡Allí estaba el error! ¡Había tomado un Almanaque de dos años anteriores! Rehizo su cálculo, y con él, lápiz en oreja, se presentó ante Rompeacero, que se hallaba en su cámara. Quería ser profesionalmente honrado y confesar su equivocación:

—Reconozco mi error, señor comandante. Había tomado unos datos de un Almanaque atrasado . . . Aquí está ahora el cálculo correcto . . .

Rompeacero golpeó su escritorio.

—¿Su error? No, señor. ¡Usted no se ha equivocado! ¡Entiéndalo! ¡Un oficial de la Armada no debe cometer un error en sus cálculos! ¡Primero se equivoca el sol! ¡Pero siga arrestado!

Su "quinta" novia no lo vio esa noche en tierra. ¡Sigán creyendo las mujeres en el amor de "los marinos"! . . .

